

cuencia del pecado de los orígenes; cómo comprender con mayor hondura que la obra redentora del Verbo encarnado ha devuelto a la imagen el esplendor perdido... Éstas y otras cuestiones están esperando ser también redescubiertas por la teología contemporánea, al hilo del impulso que en las últimas décadas ha recibido la cuestión misma de la *imago Dei*.

Antonio ARANDA

Jon BOROBIA, Miguel LLUCH, Juan Ignacio MURILLO y Eduardo TERRASA (eds.), *Cristianismo en una cultura postsecular, V Simposio internacional «Fe cristiana y cultura contemporánea»*, Eunsa, Pamplona 2006, 517 pp., 16 x 24, ISBN 84-313-2371-X.

Este volumen recoge las actas del Simposio que, desde hace seis años, organiza anualmente el Instituto de Antropología y Ética de la Universidad de Navarra. El título del Simposio señala los dos tópicos que entran en diálogo: el cristianismo y la cultura dominante en occidente, denominada aquí postsecular. ¿Qué se entiende por esta palabra? Con ella, o en este contexto, con el sinónimo postmodernidad, se designa el modelo de comprensión del mundo que se ha seguido tras la crisis de la modernidad o del paradigma secular. La cultura de la modernidad, o secular, se inició y desarrolló en un marco deísta de fondo que, si no margina a Dios, cuando menos no acepta que tenga algo que decir acerca del mundo. En consecuencia, la autonomía de la razón se traduce en autonomía ética: creyentes, humanistas y agnósticos pueden discutir libremente de lo que quieran, pero introducir la revelación o la religión significa traspasar los límites. Socialmente, el Estado ocupa el espacio disponible y la Iglesia, o el cristianismo, le puede dar, como mucho, un suplemento de alma. Sin embargo, este paradigma está en crisis: por una parte, porque la historia ha mostrado que no ha conseguido hacer más felices a los hombres, ni tampoco más dignos, o más solidarios, etc. Por otra parte, porque su sustrato epistemológico se ha demostrado muy precario: si el mundo es participación de Dios, entonces, un árbol, pongamos por caso, es más grande que el árbol mismo; en cambio, en el análisis secular el árbol se considera en menos de lo que es el árbol por sí mismo. Todas estas fragilidades e hipertrofias de la modernidad han sido identificadas y descompuestas por el pensamiento postmoderno, que, sin embargo, en su debilidad, no ha sido capaz de ofrecer una alternativa. Como ya intuyó Nietzsche, la alternativa no va a venir por un pensamiento nuevo sino por un pensamiento más originario.

Obviamente, el cristiano está persuadido de la verdad de Cristo y de su mensaje, y por ello se pregunta cómo puede el cristianismo insertarse en este

marco y ofrecer una solución constructiva a esta crisis de referencias. Éste es el objetivo planteado en el Simposio y en el volumen, que se estructura en cuatro partes que cubren: aspectos históricos y filosóficos, aspectos políticos y sociales, aspectos estéticos y científicos, y aspectos culturales. A cada una de estas partes le corresponden dos ponencias que se completan con algunas comunicaciones.

La primera de las ponencias examina los «Rasgos peculiares de la secularización en nuestro país» y está a cargo de José Andrés Gallego, Profesor de Investigación en el CSIC (Madrid). El autor parte del hecho de la secularización en el mundo occidental y se pregunta si este proceso reviste alguna peculiaridad en el caso de España. Por eso examina diversos fenómenos peculiares de este país: la debilidad del protestantismo y de las sectas, la debilidad del pensamiento que propugna una ética civil, la tendencia a la banalización, etc. La conclusión a la que llega en su exposición es que por la debilidad de alternativas —en España, o se es católico, o no se es nada—, el fenómeno secularista simplemente careció de respuesta cristiana. Ése es el motivo por el que, a la postre, tal vez ahora nos hemos quedado sin armas para el combate: porque antes no nos hemos preocupado de fabricarlas. La segunda ponencia, de Massimo Borghesi, de la Universidad de Perugia, se titula «La secularización de la cultura contemporánea». El texto es tan breve como incisivo. Examina el proceso por el que en la Europa de los dos últimos siglos la religión se reduce a la ética, lo que lleva al consiguiente resurgimiento de la gnosis. En épocas de angustia, con la religión reducida a rito, las diversas formas de gnosis parecen encontrar terreno fértil para germinar y emerger. ¿Hay una respuesta cristiana a este fenómeno? Borghesi recoge el recurso al cristianismo que ve en autores de la postmodernidad como Derrida o Vattimo, pero hace notar al mismo tiempo que la interpretación de estos autores es bastante pobre. Valga para mostrarlo la cita de Vattimo que acota: «La secularización como hecho positivo significa que la disolución de las estructuras sagradas de la sociedad cristiana, el paso a una ética de la autonomía, la laicidad del estado, una literalidad menos rígida en la interpretación de los dogmas y los preceptos, no deben entenderse como una caída o un adiós al cristianismo, sino como un cumplimiento más completo de su verdad, que es —recordémoslo— la *kenosis*, el abajamiento de Dios, el desmentido de los rasgos “naturales” de la divinidad» (p. 65). Frente a este pensamiento débil, Borghesi espiga entre las intuiciones de otros pensadores que señalan el ansia de redención y salvación del ser humano, la nostalgia de Dios, de una justicia cumplida y de unos valores verdaderos, etc.; en definitiva, un conjunto de valores seculares que no son postcristianos sino que presuponen un cristianismo todavía vivo y operante. Aquí es donde se ofrece un camino estrecho y largo para la construcción de un nuevo modelo que deben realizar a la par el cristianismo y la cultura contemporánea. Las comunicaciones que acom-

pañan a estas conferencias pasan revista a algunas respuestas puntuales a la secularización —los escritos del segundo Wittgenstein (J. Ferrer), la ética de la autenticidad (C. Ortiz de Landázuri)—, o ponen de manifiesto la imposibilidad de suprimir la dimensión religiosa del hombre: así las de M. Guerra y J.F. Sellés.

En el apartado dedicado a los aspectos políticos y sociales, las ponencias están a cargo de Ivo Colozzi, de la Universidad de Bolonia, y Mons. Rino Fisichella, Rector de la Pontificia Universidad Laterana. El primero examina «El papel del cristianismo en la superación de la crisis de la sociedad moderna». Colozzi comienza por definir qué entiende por crisis: «esas situaciones en las que las dificultades de adaptación del sistema se traducen en cambios que los sujetos perciben, en sus mundos vitales cotidianos, como crisis de identidad, es decir, como cuestionamiento de las estructuras normativas compartidas» (p. 161). A continuación examina el asunto de la mención al cristianismo en el preámbulo a la Constitución Europea. La negativa de algunos redactores a mencionarlo supone en la práctica que se tienen por válidos otros valores —la paz, la justicia, la tolerancia, la solidaridad, etc.— que, a juicio de los redactores, son los que han permitido a los países del continente europeo un crecimiento económico imponente, un buen sistema de vida social, y un estado de bienestar. Otra cosa es el sustento débil de tales valores que, al final, acaba por hacerlos tan susceptibles de cambio que difícilmente pueden crear identidad. Por eso, Colozzi propone redescubrir el papel de la religión y abrir de nuevo el diálogo entre la fe y la razón. Fisichella titula su conferencia «Cristianismo y sociedad plural». Como se puede deducir del título, el punto de partida es la situación real: la pluralidad. En estas condiciones, sitúa el punto de vista del cristiano, más que del cristianismo, en general. El cristiano tiene que saber decir en qué Dios confía, en qué hombre cree. Con ello, a la luz de una nota de la Congregación para la Doctrina de la fe de 2002 («Nota doctrinal acerca de algunas cuestiones concernientes al empeño y al comportamiento de los católicos en la vida pública»), recuerda que, al final, todo se decide en la persona, en la coherencia de vida: el hombre público no es distinto del hombre privado, a no ser a riesgo de una esquizofrenia. Las comunicaciones que acompañan a las conferencias tratan de la distinción izquierda vs derecha en Europa occidental (H. Ghiretti) y del eco en la cultura europea del acontecimiento cristiano (M. Oriol).

La tercera parte del simposio aborda los aspectos estéticos y científicos. Las conferencias se titulan «La iconoclasia moderna», a cargo de Alain Besançon, del Institut de France, Paris, y «Repensar la ciencia positiva», a cargo de Natalia López Moratalla, de la Universidad de Navarra. Besançon recorre al-

gunos momentos de la iconoclasia moderna: Calvino (con su ataque a las imágenes fundado en que Dios elige la palabra para comunicarse), Pascal (que, en el fondo, prescindir de toda analogía de Dios con el mundo), Kant (con su estética del genio y de lo sublime, que acaba por no encontrar nada tan sublime como el segundo mandamiento que prohíbe las imágenes) y Hegel, que pronostica las cuatro vías que seguirá el arte en adelante intentando pintar la imagen de Dios, porque el arte es una epifanía. El autor toma la afirmación hegeliana casi como una profecía de los movimientos artísticos en los siglos XIX y XX, que repasa en su escrito, y, en el marco del Simposio, acaba por concluir que «si se aspira sólo a Dios, se pierde la tierra y Dios se oculta. Si el objetivo incluye también la tierra, se tiene alguna posibilidad de producir una nueva epifanía». La ponencia de López Moratalla, mucho más larga y mucho más clara, relata al comienzo diversas posiciones implícitas —que, en realidad, son como axiomas— del conocimiento científico moderno: conocer para poder, búsqueda de seguridad en el conocimiento, reducción de los misterios a problemas, etc., con los extraños maridajes entre ciencia y filosofía que acaban por engendrar. Frente a esto, propone repensar la ciencia, con una actitud en la que la naturaleza habla también de su origen, de su creador, y en la que las ciencias escuchan también a las demás disciplinas y sabidurías. Toda la exposición se adorna con anécdotas y actitudes de científicos al enfrentarse con su ciencia y con el misterio de la naturaleza. Las conferencias se completan con comunicaciones sobre lo sagrado en el arte (D. Armendáriz), el valor de la belleza en la evangelización (M. Hernández), la valoración ética de la ciencia (R. Mora) y el valor del humanismo cristiano en la dirección de las empresas (D. Melé).

La cuarta parte gira en torno a los aspectos culturales y se abre con la ponencia de Carlos Díaz, de la Universidad Complutense de Madrid, sobre «Los católicos en la vida pública». En su trabajo enumera un conjunto de rasgos de la cultura actual que podían encuadrarse bajo el capítulo de la ética de mínimos o de la vida miope. A esta actitud le opone una serie de rasgos de una ética cristiana que califica como una ética de la felicidad. Para actuar en esta dirección, y contrarrestar la ambiental, propone un conjunto de actitudes que se traducen en pasión por la sabiduría, actitud de conversión, cultivo de la vida interior, pasión por la vida, amor a la libertad, esperanza ..., y buen humor. A esta conferencia le sigue la de A. Pérez de Laborda, de la Facultad de Teología San Dámaso, de Madrid, titulada «Los católicos en la vida cultural de la sociedad». En su escrito, Pérez de Laborda clama contra la fragmentación y la pequeñez de la cultura imperante en la vida pública, a la par que incita a sus lectores cristianos a no quedarse encogidos aceptando las miras cortas que les propone el modelo cultural. Hay que mirar al más allá, buscar el fundamento, y actuar, aun a riesgo de equivocarse, porque lo que sí es seguro que es una

equivocación es encogerse. Completan esta parte las comunicaciones de J. Aranguren (Apostolado e intimidad), P. Blanco (Los Karamazov discuten. Dostoievski vence a Nietzsche), E. Cases (El problema del mal y la secularización), G. Castillo (El reto de la revitalización antropológica), J. de la Vega (Justicia, Amistad, caridad y sociedad cristiana), I. Zorroza (La experiencia de la trascendencia y la imagen del hombre) y M. Lluch, que en su comunicación, «Cristianos en Europa después de la cultura secularizada», tras describir los rasgos de lo postsecular con textos de pensadores modernos como Habermas, Finkelkraut, Ratzinger, Borghesi, De Lubac, Camps, Eliot, etc. —mi enumeración, es, obviamente, arbitraria e incompleta—, propone un conjunto de actitudes, de retos para el pensador cristiano, que no pueden pasarse por alto: búsqueda de sentido para las nuevas realidades, diálogo inteligente y respetuoso con la realidad sin el apriorismo de querer dominarla, y afirmación de lo cristiano en la cultura sin dejar que su esencia sea absorbida y diluida.

En este breve repaso del volumen se deja ver que el tema propuesto no tiene soluciones fáciles; ni siquiera un diagnóstico sencillo. Se trata de una cuestión para pensar y este libro da que pensar.

Vicente BALAGUER